

VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

**Y EL BÁCULO
DORADO**



DESCUBRE LA MAGIA 4D DE ESTE LIBRO

QUÉ TIENES QUE HACER PARA PODER VERLA:

Paso 1: Descárgate la **aplicación**
Wigetta y el báculo dorado.



Paso 2: Pon tu celular encima de las ilustraciones
con este icono



Paso 3: ¡¡¡Y ALUCINA!!!!



MIRA AQUÍ



Y VERÁS LO QUE
TIENEN QUE DECIRTE

**WILLYREX Y
VEGETTA777**



LA ESTATUA DESAPARECIDA



Las calles de **PUEBLO** habían recuperado el esplendor de otros tiempos. Una vez más, sus habitantes habían demostrado que no había dificultad que no pudieran superar a base de esfuerzo y trabajo en equipo.

El terrible ataque de los zombis todavía estaba reciente en la memoria de quienes lo habían sufrido. Sin embargo, pesaba más en la comunidad el ánimo de intentar que Pueblo fuera próspero y pudiera considerarse un lugar agradable para vivir. Era gente extravagante, pero estaban muy unidos entre ellos. Y ese sentimiento comunitario siempre había dado a los vecinos de Pueblo fuerzas para afrontar cualquier desafío.

Precisamente por eso, **WILLYREX** y **VEGETTA** estaban muy orgullosos de lo que habían conseguido crear a base de trabajo duro y constancia. Aquella mañana madrugaron un poco más de lo normal. Querían salir a dar un paseo y contemplar Pueblo, admirar sus edificios y saludar a sus habitantes.

**Era un placer ver a sus vecinos
comenzar el día con alegría
y humor.**



—¡Arriba, dormilones! —dijo **VEGETTA** a Vakypandy y **TROTUMAN**, que dormían en sus camas como lirones. No había nadie en todo Pueblo a quien se le pegasen más las sábanas que a la pareja de mascotas.

—cinco minuto00000s...

—pidió Trotuman con un hilo de voz.
La mascota agarró la almohada con fuerza.



Hacia un buen rato que Vegetta se había aseado y se había enfundado en su armadura púrpura con el chaleco blanco. Aprovechó para poner un poco de orden en la casa mientras Willy buscaba desesperadamente su inconfundible boina verde. No tardó en encontrarla debajo de un sillón y, más tranquilo, se la colocó sobre su pelo rubio. Se sacudió la chaqueta verde y, como no tenían demasiada prisa, permitió que sus mascotas disfrutaran de unos minutos más de sueño.

—¡Ahora sí que tenemos que irnos! —insistió Willy, una vez estuvo listo.



—otros cinco **minuuutos**, por fa**vooor**

—murmuró Vakypandy, estirando sus cuatro patas
antes de volver a buscar una nueva y cómoda
postura—.

Piedad...



**Durante
unos instantes,**

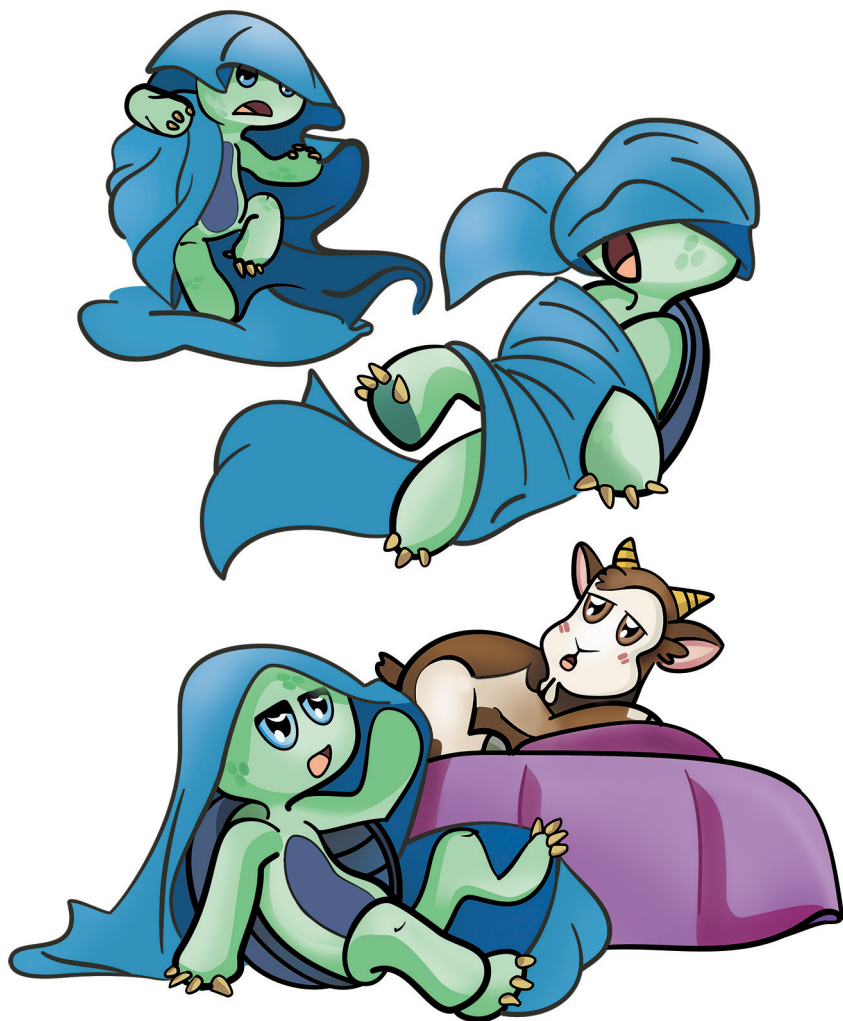
la habitación permaneció en silencio. Trotuman y Vakypandy se arrebujaron en sus sábanas, contentos por haberse salido con la suya una vez más. Entonces, Vegetta tuvo una idea. Le guiñó un ojo a su amigo para que le siguiese la corriente y, simulando un forcejeo, tiró unos cuantos libros al suelo.

—**¡SOCORRO, WILLY!** —gritó Vegetta, intentando contener la risa—. ¡Ese zombi me ha tomado por sorpresa y me ha atrapado! ¡Estoy malherido! ¡Va hacia ti! ¡Y tiene una espada de fuego!

Trotuman y Vakypandy se despertaron de golpe y saltaron de la cama. Trotuman tenía la sábana enganchada a la cabeza y se puso en posición defensiva sin saber muy bien hacia dónde estaba mirando. Se tropezó y acabó en el suelo en una situación un poco embarazosa. Vegetta y Willy se echaron a reír al ver a sus mascotas así, todavía casi dormidas y aun así listas para protegerlos. Trotuman se quitó la sábana de la cara y, al ver a Willy y Vegetta sanos y salvos, miró a Vakypandy. Tardaron unos segundos en despejarse y darse cuenta de que

**TODO HABÍA SIDO UNA
BROMA.**





—Bien jugado, bien jugado—reconoció
Vakypandy, y se echó a reír con Trotuman.

—Ahora no tienen excusas. ¡Vamos a dar una vuelta!
—dijo Vegetta, de muy buen humor. Por mucho que
tuvieran que madrugar, las mañanas en Pueblo eran tan
hermosas y pacíficas que siempre conseguían dibujarles
una sonrisa en la cara.

* * * * *

Vegetta, Willy, Vakypandy y Trotuman comenzaron su
paseo por la plaza a la entrada de Pueblo, donde los
comerciantes solían armar sus puestos. Estaban ya
terminando de preparar todo para comenzar su día.

PANTRICIA, la escultora de pan, era una mujer rolliza.

Siempre iba con un vestido azul y un delantal rosa, y
cubierta de harina hasta las orejas. Era
detallista y meticulosa, a la vez que
creativa. Se preocupaba en ordenar con
mimo sus espectaculares y deliciosas
creaciones de pan de molde, de
brioche y de hogaza en su
gran carromato
de tiro.

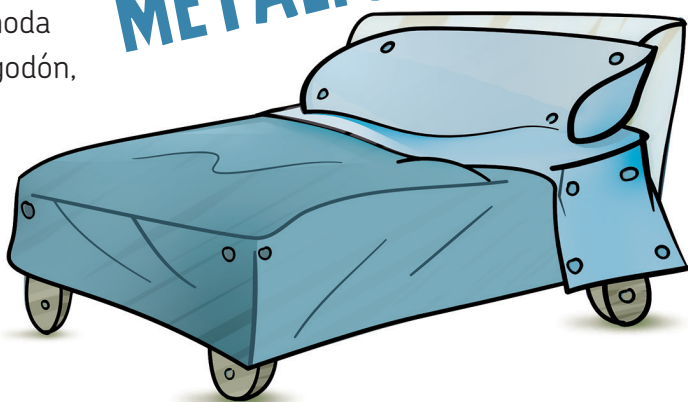


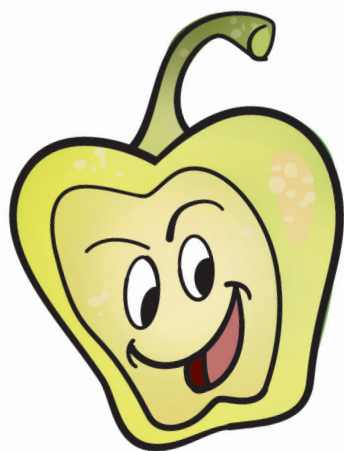
Afortunadamente, durante las horas de mercado, sus caballos pastaban alegremente por los prados. De lo contrario, terminarían con sus existencias de pan de zanahoria en un abrir y cerrar de ojos.

A unos metros del puesto de pan se encontraba **HERRUARDO**, el encargado de trabajar el metal. Era un hombre corpulento y fuerte, con unos brazos gruesos como troncos de árboles. Estaba afilando los tenedores que tan buenos resultados habían dado hasta entonces en todos los comedores de Pueblo, siempre a punto para llevarse la comida a la boca. Según se rumoreaba, estaba investigando la manera de crear

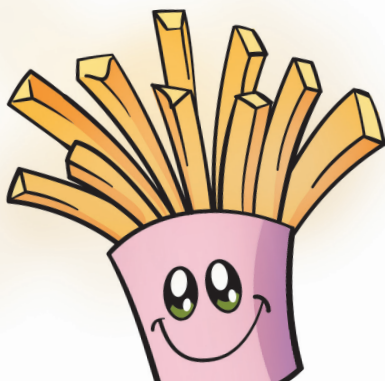
ROPA DE CAMA METÁLICA,

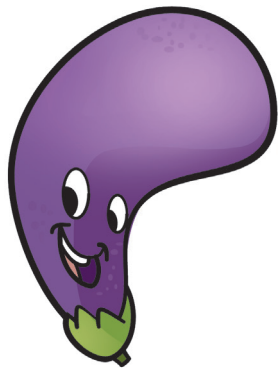
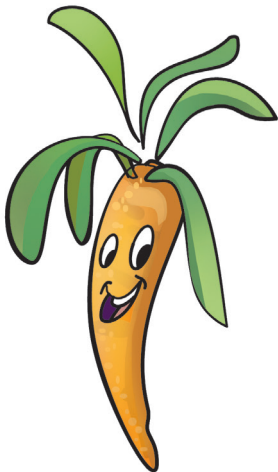
igual de cómoda
que la de algodón,
pero mucho
más fresca
y resistente.



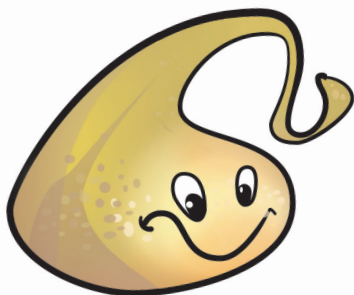
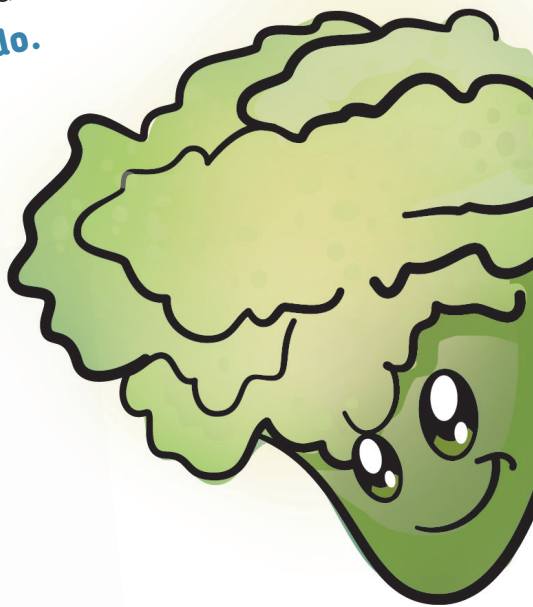


En el puesto de Herruado estaba también **PELUARDO**, su hermano, que había ido a buscar unas nuevas tijeras de precisión para su peluquería de comida. Necesitaba utensilios muy concretos para hacer realidad los peinados que le pedían kiwis y damascos, pero también lechugas y papas fritas.





Él sabía hablar con los alimentos y les cortaba el pelo.
Incluso a los que no tenían pelo conseguía hacerles
jopos de vértigo y elegantes peinados
con raya a un lado.



REMEDIOS, la curandera, no se separaba de la cofia ni para dormir. Su consulta era un tanto particular. Estaba en una pequeña casa de piedra con tejado de paja y chimenea, coronada con una veleta con forma de unicornio que siempre llamaba la atención de Vakypandy. Vivía rodeada de calderos y más calderos. Desde el portón de madera les preguntó si se encontraban bien, si tenían frío o calor, si les dolía la cabeza o si eso que le había parecido ver era una leve renguera.

* * * * *

**SIEMPRE SE PREOCUPABA POR
EL BIENESTAR DE TODO EL MUNDO...**

y, quizá por eso, era una de las mejores curanderas que se podían encontrar. Tenía recetas de pociones que podían sanar casi cualquier cosa y, si no sabía cómo hacer una para curar alguna dolencia concreta, no dejaba de probar fórmulas hasta dar con la que tenía el efecto que ella quería.

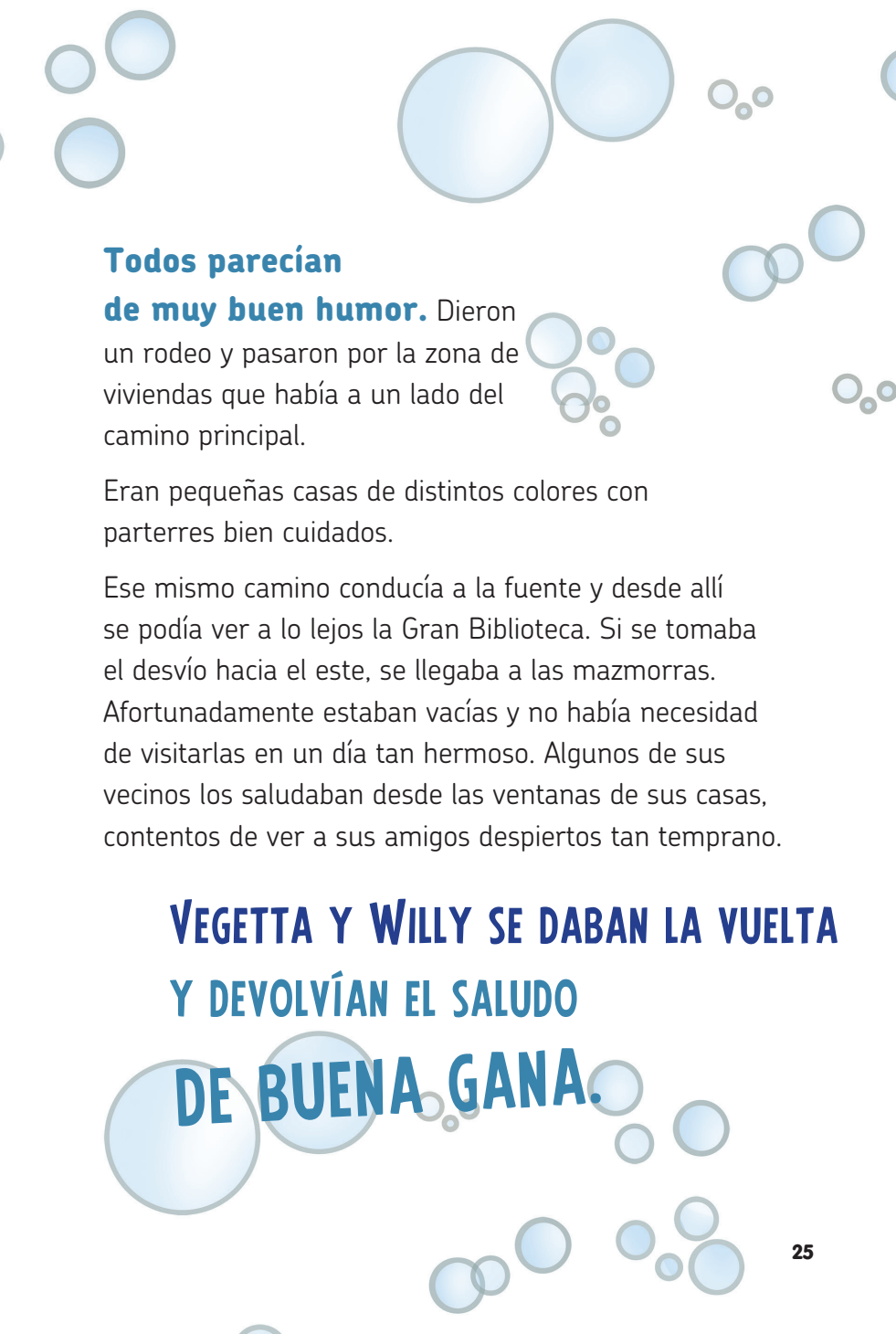


Como toda profesión, tenía sus riesgos. Nadie olvidaría aquella ocasión en la que recetó a Tabernardo, el dueño de la cantina, una pócima para la tos que hizo que su voz sonara como el canto de los petirrojos. Dos días después dio con un remedio que le devolvió a Tabernardo su voz original, pero desde entonces en el tejado de la cantina vive una familia de pájaros que da alegría al lugar.

—¡QUE TENGAN UNA SANA MAÑANA!

—les deseó Remedios, que siempre se despedía de esa manera.





Todos parecían

de muy buen humor. Dieron

un rodeo y pasaron por la zona de viviendas que había a un lado del camino principal.

Eran pequeñas casas de distintos colores con parterres bien cuidados.

Ese mismo camino conducía a la fuente y desde allí se podía ver a lo lejos la Gran Biblioteca. Si se tomaba el desvío hacia el este, se llegaba a las mazmorras. Afortunadamente estaban vacías y no había necesidad de visitarlas en un día tan hermoso. Algunos de sus vecinos los saludaban desde las ventanas de sus casas, contentos de ver a sus amigos despiertos tan temprano.

**VEGETTA Y WILLY SE DABAN LA VUELTA
Y DEVOLVÍAN EL SALUDO
DE BUENA GANA.**

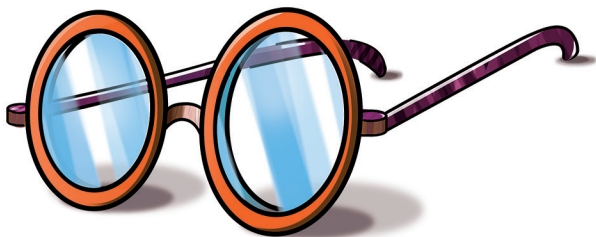




Más adelante
estaba la escuela.

Era un edificio amplio, con su hermoso
parque frente a ella, donde los niños salían a la hora del
recreo a jugar y hacer deporte. Era muy temprano
y todavía no habían comenzado las clases, pero ya
se podía ver alguna ventana abierta y por ella salían
algunos sonidos de mesas colocándose, borradores
limpiándose y libros ordenándose.

Debía ser Dora, la maestra de Pueblo, preparando todo
para cuando llegaran sus alumnos. El parque estaba
impoluto: el césped era de un verde intenso, había un
campo de fútbol, mesas de mármol con tableros de
ajedrez y una zona de lectura con asientos de madera
para que los niños se sentaran.



Si Dora notaba que estaba perdiendo la atención de los niños, salía con ellos al parque y continuaban allí la lección, o hacían juegos para despejarse y seguir luego con las energías renovadas. En verano, cuando el calor era intenso y el sol no daba tregua, también se acercaban a la fuente, donde el ambiente era más fresco. Ni el niño más travieso era un problema para Dora, que era amable pero sabía mantener a raya a sus alumnos. De ahí que en Pueblo se la conociese con el cariñoso apodo de Educadora.



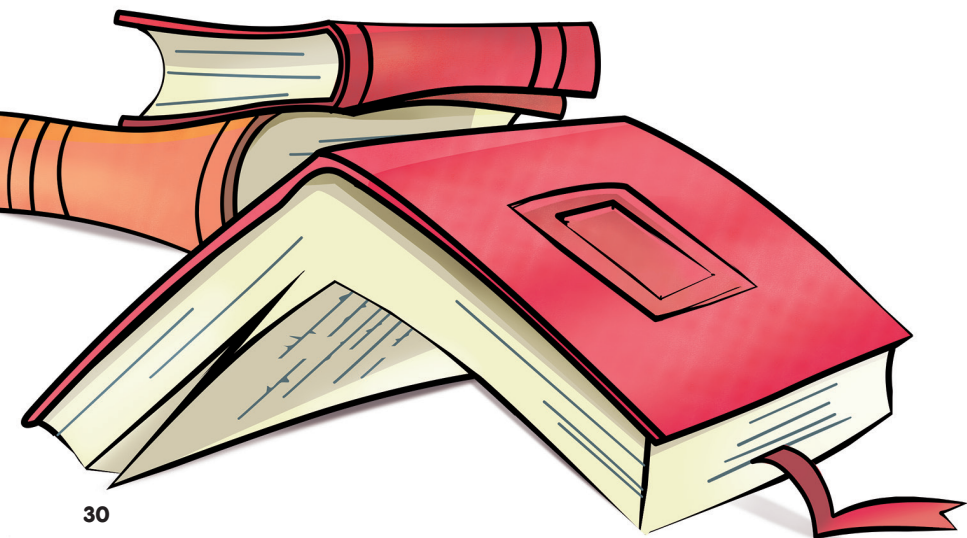
Continuaron con su camino
y llegaron a la Gran Biblioteca.



Era imposible no fijarse en este enorme edificio levantado con piedra gris y coronado con una cúpula de cristal que permitía que la luz entrase en el interior.



Allí se guardaban todos los libros que uno pudiera imaginar. Si existía, estaba en la Gran Biblioteca. Ese era uno de los motivos de orgullo de Lecturicia, voraz devoradora de libros, organizada bibliotecaria y aventurera empedernida. Era una mujer menuda, con media melena oscura y gafas, que había recorrido medio mundo en busca de los libros más raros, los que se habían editado en países remotos y los que se pensaban desaparecidos.



La Gran Biblioteca fue uno de los pocos edificios de Pueblo que no sufrió daños durante el ataque zombi. Lecturicia, que protegía sus libros con muchísimo celo, había dotado al edificio de unos increíbles sistemas de seguridad.

No estaba dispuesta a que ningún zombi -ni cualquier otra criatura con malas intenciones- arruinase ese templo del conocimiento. Lecturicia pasaba tanto tiempo dentro de la biblioteca enfrascada en la lectura que en ocasiones se olvidaba de regar las plantas. Cuando pasaron por allí, Willy y Vegetta usaron la magia de Vakypandy para materializar una regadera y poner a punto las flores que adornaban la entrada.



Frente a la Gran Biblioteca se erigía la torre desde la que Vegetta y Willy vigilaban Pueblo y sus alrededores para controlar que nada fuera mal. Últimamente no subían tanto. Tras el ataque zombi que los llevó a emprender aquel viaje para buscar al Rey Guerrero y evitar que Pueblo sucumbiera, las cosas habían estado más calmadas que nunca. Habían aprendido a apreciar esa tranquilidad, que les permitía tener más tiempo para dedicarse a los suyos y a conseguir que Pueblo fuera un lugar cada vez mejor para vivir. Decidieron hacer un pequeño alto en el camino y disfrutar del punto de vista privilegiado que les ofrecía la altura del puesto de vigilancia.

* * * * *

CUANDO SE DISPONÍAN A BAJAR Y ENCAMINARSE HACIA EL PUERTO, ALGO LLAMÓ PODEROSAMENTE SU ATENCIÓN.

* * * * *

Junto a la gran fuente que estaba cerca del puesto de vigilancia había un enorme espacio vacío. Allí debía alzarse la estatua de piedra que conmemoraba su victoria contra el terrible dragón al que se habían enfrentado tiempo atrás. Era una escultura de grandes dimensiones, en la que aparecían representados el animal y las figuras triunfantes de Willy y Vegetta. Pero la estatua no estaba allí.

HABÍA DESAPA



RECIDO.

—Oye, Willy, cómo te lo explico... ¿No debía estar ahí la estatua del dragón? —preguntó Vegetta.

—¿Cómo es posible? —dijo Willy, atónito. No daba crédito a lo que sus ojos no veían—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

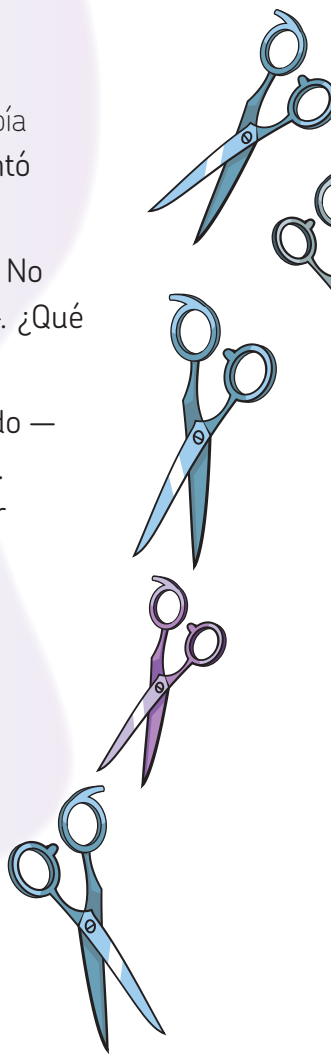
—Es imposible que alguien la haya movido —dijo Vakypandy—. Era demasiado grande. Para llevársela habrían tenido que armar un estruendo terrible, usar máquinas o algo. Alguien se habría enterado.

Willy y Vegetta pararon a Peluardo, que regresaba del puesto de su hermano con una caja llena de tijeras.

—Perdona, Peluardo, ¿sabes qué ha pasado con la estatua? —preguntó Vegetta.

Peluardo se detuvo y, al ver que la estatua no estaba, se le cayó la caja de las tijeras.

—¡Caray, es verdad! —exclamó Peluardo, con los ojos como platos—. ¿Es una broma? ¿Cómo ha podido desaparecer? ¡Si era enorme!





—Nosotros nos preguntamos lo mismo —
contestó Vegetta.

—Les puedo asegurar que esta misma mañana
estaba ahí. Pasé por aquí a primera hora cuando
iba a recoger estas tijeras en el puesto de mi
hermano. Espero que no haya ningún problema.

—¡Esperemos!

Willy y Vegetta se despidieron de Peluardo y se
quedaron donde estaban, todavía confusos por
la inexplicable desaparición. ¿Cómo podía haber
desaparecido una estatua? ¿Quién querría llevársela?
A priori, no había motivos para sospechar de ninguno
de los habitantes de Pueblo. Willy y Vegetta estaban
convencidos de que había algo más preocupante detrás
de todo aquello. ¿Acaso se cernía una nueva amenaza
sobre Pueblo? Tenían que llegar hasta la raíz del asunto.
Decidieron volver a casa y prepararse para investigar lo
sucedido con la estatua.

**FUERA LO QUE FUESE, NO ESTABAN DISPUESTOS
A QUE ALTERASE LA PAZ Y LA ARMONÍA DE PUEBLO.**

